

LA CAPACHA DE ROLDÁN

(Extraído y adaptado del artículo del mismo título, autor Manuel Martínez Cerro. RHN núm 64. La historia vivida. Pp 127-132. 1999)

(Una capacha era un cesto de mimbre o cuero)

A finales del siglo XVII la situación de los galeotes (*presos remeros de galeras*) era de miseria. Forzados en las galeras, su suerte era incierta. Muchos morían encadenados a su banco a causa de las penalidades a que eran sometidos. Los malos tratos, la escasa comida y la insalubridad a bordo hacían mella en estas pobres gentes, bajo el inmisericorde control del sotacómitre. Cuando enfermaban eran separados de las naves y abandonados a su suerte, sin más apoyo que la caridad ajena.

En Cartagena, los galeones hacen la invernada. Sus tripulaciones deambulan por las calles de la ciudad, arrastrando su mísera condición. Los más afortunados podían realizar, ocasionalmente, fuera de la nave y debidamente autorizados, pequeños trabajos a particulares, mal pagados y con la obligación de reintegrar parte de lo cobrado al sotacómitre. Carecen de protección ante la enfermedad y sus recursos son escasos. Sobre ellos se cierne la incertidumbre, sobre todo en caso de enfermedad.

Cartagena tenía sin resolver la asistencia sanitaria a los infelices desvalidos, sólo atendidos por un único e insuficiente hospital, el de Santa Ana, de solo seis camas. Atendido por dos hermanos de la Orden de San Juan de Dios, cuidaba indistintamente a los pobres de la ciudad y a la gente de las Armadas. Pasó por tales momentos de escasez que «los enfermos morían de necesidad... acostados en el suelo, por no tener camas». En 1624 se le unió el Hospital de Galeras, que era para militares.

Un soldado, recluta de leva de la galera *San Miguel*, cuando desembarca en la ciudad observa la situación. Es Francisco García Roldán, «inválido y picado de viruela», testigo de la angustiada vida de los galeotes a bordo. Intenta apiadarse de ellos, pero nada o poco puede hacer. Sin embargo, lo intenta, y pide ayuda a cuantos encuentra cada vez que su nave llega a puerto.

Afincado en Cartagena, continúa pidiendo limosna para estos desgraciados y, sobre todo, para hacer frente a su enterramiento, ya que los cadáveres de estos desventurados marineros eran depositados, sin más, junto a la llamada Ermita de la Guía. Atiende en su propia casa a los galeotes enfermos. Después lo hará en esa ermita y en una casa próxima. Sus desvelos eran tales y los medios tan escasos, que llevaba a los enfermos al hospital con un mísero carretón, e incluso a cuestras, sobre sus espaldas.

Pronto encontrará ayuda de otros compañeros, que continuarán la obra en sus ausencias, cuando sale a navegar. Se formó la conocida «Cofradía de los Cinco», integrada por Roldán y cuatro soldados de galeras, inválidos todos. Se le unieron tres colaboradores más y autoridades eclesiásticas, que aportaron doscientos ducados anuales para pago de médico, cirujano y botica. El grupo de colaboradores continuó creciendo.

Se hizo necesario crear una hermandad que, continuando la labor del soldado, institucionalizara la obra y asegurara su continuidad, dotándola de un reglamento. Se plasmó en una junta en 1701, celebrada en la Ermita de San Roque, presidida por Roldán. El espacio para enfermos creció con la donación de dos casas contiguas a dicha ermita. Pero, siguió aumentando el número de enfermos. En 1706 el hospital es trasladado a otro barrio, a una casa confiscada. La obra se expande cada vez más, pero los fundadores han de navegar. Para que no se resienta la obra Antonio Rosique, uno de estos fundadores, permanecerá fijo, al ser

inválido permanente y no poder navegar. En 1707, en plena Guerra de Sucesión, Roldán marcha a Tortosa y después a América, donde se perdió su pista, dejándonos sin saber la fecha y el lugar de su fallecimiento. Rosique continuará la obra iniciada por Roldán.

La Marina cartagenera suministró fondos para atender a la marinería huérfana de medios materiales. Las tripulaciones de los barcos participarían con pequeñas aportaciones, extraídas de sus pagas. Más donaciones de solares posibilitaron que Antonio Rosique iniciara la construcción de un nuevo hospital, origen del actual *Santo y Real Hospital de la Caridad*. Pero él fallecería en mayo de 1718, precisamente en ese hospital.

En 1723, un artillero de la galera *San José*, Francisco Irsino, trajo desde Nápoles una imagen de la Virgen de la Caridad que, según parece, iba destinada a América, pero una serie casualidades decidieron que su viaje culminase en Cartagena. Imagen que se venera en la iglesia del mismo nombre, como muy querida patrona. Cada viernes anterior al Domingo de Ramos, esta hermandad sale a las calles, al frente de su hermano mayor, ataviados de frac con limosnera o capacho, en recuerdo de la cartuchera que portara Roldán.

Hoy día, el hospital es una institución benéfica de carácter religioso y pública. Un monumento allí erigido perpetúa la memoria de Francisco García Roldán quien, probablemente, nunca llegaría a conocer la auténtica dimensión de su obra. Una lápida de mármol evoca los nombres de los otros cuatro cofundadores del *Santo y Real Hospital de la Caridad* de Cartagena.

Capitán de Navío Eduardo Bernal González-Villegas, IHCN, Onda Pesquera de Radio España.

Resumen.

El hospital de Caridad de Cartagena fue una iniciativa del soldado de marina Francisco García Roldán, de galeras, a finales del s. XVII. A él se le unieron cuatro soldados más en esta empresa humanitaria. Hoy día, el hospital es una institución benéfica de carácter religioso y público. Un monumento perpetúa la memoria de Francisco García Roldán y una inscripción de mármol evoca los nombres de los otros cuatro cofundadores del *Santo y Real Hospital de la Caridad* de Cartagena.



Monumento al soldado de Marina
Francisco García Roldán
Santo y Real Hospital de la Caridad. Cartagena